

(Transcripción no revisada por el autor)

RETIRO RAMA FAMILIAR 1995
POLARIDAD HOMBRE- MUJER

Tercera charla

Quisiera ahora tratar de profundizar lo anterior, partiendo de esa reflexión que hicimos respecto a lo que Dios quiere de cada uno de nosotros, como hombre y como mujer. El lo ha dejado expreso en nuestra corporeidad típica. En ella están grabados los rasgos que tiene nuestra alma y que nosotros debiésemos desarrollar y enriquecer. Cada uno de nosotros es una posibilidad de ser, un varón o una mujer en desarrollo, en potencia, camino hacia la madurez plena, que se está haciendo varón o mujer. Y ese proceso no es algo que se da por sí solo ni mucho menos, sino que es un proceso de la gracia en nosotros, un proceso de la acción nuestra, personal. Y es un proceso que no está exento de luchas, de contradicciones. Es decir, no es un proceso simple. Si así lo fuera, cada uno de nosotros seríamos o un varón perfecto o una mujer perfecta. Y esto valdría incluso sin el pecado. Pero estamos en una cultura que ha distorsionado, por el pecado, nuestra imagen querida por Dios. Y entonces, esa labor es mucho más ardua, mucho más difícil.

¿Qué leemos de la sicología de la mujer y del varón en su corporeidad?

- Decíamos que la mujer, por su estructura, *está orientada a la vida*, a la persona, al tú. En cambio, el varón, por su estructura, está orientado hacia el mundo, hacia el quehacer, hacia la obra. No se trata que el varón no esté orientado a la vida, ni la mujer orientada al quehacer, a la obra. Todo lo que podamos decir de diferenciación de nuestra modalidad propia está en el contexto de la igualdad. Todos nacimos para conocer, para amar, para dar y recibir amor, para trabajar, para producir. Eso pertenece a cada hombre, a cada ser humano, sea varón o mujer. Pero, por vocación dada por Dios, manifestada en la creación y en nuestro cuerpo, existen acentuaciones de las cuales tenemos que hacernos cargo en forma especial como varón y como mujer. Si la mujer no se preocupa de la vida,

de recibir la vida, de cuidarla, de enriquecerla; si no desarrolla su sentido por el tú, a nuestra cultura le faltará ese alguien que luche por la vida, que luche por el tú, por la persona, que defienda a la persona. Tiene que ser ella quien asuma el liderazgo en ese sentido. Lo mismo vale para el hombre: si no asume su tarea de ordenar, de transformar, el mundo, de crear, falta algo en la humanidad. Si nuestro trabajo es un trabajo mediocre, si no está hecho con fuerza, si no aplicamos toda nuestra capacidad creadora para organizar el mundo, esta sociedad será desorganizada. Y en ese mundo la mujer no puede vivir bien, como tampoco el varón puede vivir bien si la mujer no está acogiendo la vida.

Tiene que haber una distribución de funciones en la cual lo que da un sexo tiene que enriquecer no solamente el quehacer del otro sexo sino que tiene que enriquecerlo interiormente, tiene que enriquecerlo intrínsecamente. Si tomamos a un varón maduro, por ejemplo, San Pablo. El es un varón típico, un luchador, un conquistador; sale, va a los paganos, recorre el mundo predicando, organizando a la Iglesia y se desvive por ello. Sin embargo, ese hombre tan viril, tan marcadamente masculino, cuando se dirige a los suyos, a los tesalonicenses, por ejemplo, les dice: Yo no sólo les prediqué a ustedes el Evangelio; me llegaron a ser tan queridos que fui como una madre para con ustedes. Y San Agustín tiene una frase muy hermosa que el P. Kentenich la cita muy a menudo: "Nosotros nos atrevemos a llamarnos madres de Cristo". Porque son personas que han sabido conjugar en su virilidad también la feminidad. Y eso no tiene nada que ver con ser afeminado. Es aprender ese sentido por el tú, propio de la mujer, de esa donación de la vida, y aprender a moderar ese impulso del varón que puede ser muy violento, muy destructor si no se modera con lo femenino. La mujer, en ese sentido, es cercana a la vida, servidora de la vida, interesada por la persona. Sensible a todo lo que tiene que ver con la persona.

Pensemos si nuestra sociedad asumiera todos estos rasgos. Nosotros pensamos mucho a la mujer en el hogar, y ésa ha sido una desviación contra la cual reaccionan los grupos feministas. Se dice que el hogar es un lugar privilegiado de la mujer, pero el mundo también es de la mujer. Toda la cultura es

de la mujer. Y la mujer tiene que estar ocupando lugares en todas las actividades del hombre, en los diversos ámbitos de la cultura mostrando su sensibilidad para respetar la vida, para el acercamiento al tú. El P. Kentenich describe nuestra cultura como una cultura que ha deshecho los vínculos personales; y se refiere precisamente a esto. El dice que si hay alguien que en primer lugar está herido por el mal de nuestro tiempo, por el bacilo del mecanicismo, de la destrucción de los vínculos personales, ése es el varón. Pero también porque la mujer no ha sabido defender lo fuertemente y llevarlo a empapar toda la red de vínculos, respecto al trabajo, a la economía, a la política, a la producción. Todos los sistemas tendrían que tener el aporte femenino, aunque sean preferencialmente ámbitos en el cual el varón tiene que ejercer su misión propia.

Es cierto que hay peligros en esto, porque la mujer es tan sensible para el tú, para lo personal, que fácilmente puede caer en las simpatías y antipatías, en la hipersensibilidad, en la subjetividad; ella está tan captada por el tú que puede llegar a ser extraordinariamente posesiva; la mujer puede ser intrigante, porque se mueve en el mundo de lo personal y en ese mundo es tan fácil caer en hipersensibilidades, en sentimentalismos, particularismos, en envidias, si no tiene el contrapeso del hombre que la ayude a objetivizarse, a ver la realidad no solamente desde el punto de vista de lo afectivo, de lo personal, de lo concreto e inmediato; que le ayude a abrir su horizonte y a ver la realidad en forma más racional. La mujer tiene que crecer interiormente y hacer madurar ese amor al tú y llevarlo a un amor altruista, a un amor clarificado, purificado, a semejanza de María. La Virgen tuvo que purificar su corazón; ella estaba apegada a su Hijo, como cualquier madre, con todo su ser, con toda su instinto, con toda su fuerza. Y el Evangelio nos lo dice: "Angustiada buscaba al Niño". Y el Señor le enseña a renunciar a sus sentimientos. Toda la educación de la mujer, en gran parte, consistirá en hacer sangrar su corazón para purificarlo. Porque un corazón tan sensible, tan humano, tan personal, requiere una maduración tremenda para no caer en las desviaciones de la hipersensibilidad, de la posesión exagerada, de los chismes, de los celos, de la intriga. Pero eso significa sangre.

Asimismo, el hombre por estar tan volcado a las cosas, a la obra; por su tendencia a la razón, a lo analítico, puede caer en el impersonalismo, en la frialdad, en pasar por encima de las personas, sin el contrapeso de la mujer. El hombre puede prescindir fácilmente de las personas concretas y considerarlas como un número más, como algo que se puede poner y sacar, que se puede utilizar y desechar. Su mentalidad propia va en esta línea y su defecto es tratar a las personas como piezas, impersonalmente, instrumentalizándolas. Porque el hombre se ha volcado enteramente hacia el mundo, tenemos una cultura hipervirilizada, exteriorizada en que todo es trabajo y producción, tener y producir más. Estos son los criterios que nos dominan actualmente. Y como consecuencia, tenemos un varón absolutamente estresado, perdido en las cosas. Y cuando llega a su hogar, no es capaz de personalizar, porque quiere que lo dejen tranquilo. Y la mujer lo busca porque necesita ser recibida, ser acogida y sufre mucho cuando no lo es, porque su estructura es así. Y cuando el hombre llega hipercansado, agotado, estresado, la mujer queda brutalmente herida e insatisfecha. Una vida de hombre así no puede ser.

Tenemos que sacarle el jugo a lo que significa trabajar y trabajar bien, producir y producir bien. Creo que en Chile nos hace falta mucho de virilidad. Los pueblos nórdicos tienen mucho más fuerza de trabajo que nosotros. Como cultura, los pueblos latinos somos más femeninos. Y en esto tenemos que educarnos. Aquí a veces no se trabaja bien; se comienzan las obras sin haberlas pensado bien, sin haber raciocinado bien, sin haber planificado bien, y por eso se comienzan las obras y no se terminan bien. Son hechas "a la chilena". Ese "a la chilena" debiera desaparecer dentro de nosotros.

Varones schoenstattianos tienen que trabajar bien, con reciedumbre, con seriedad, con constancia, con perfección. Esto nos falta y es una falta de virilidad. Muchas veces somos hombres que no piensan bien, que no pensamos bien, que no somos capaces de ir a la raíz de las cosas. Una de las características de la cultura postmoderna es ese no saber nada que es claro, que todo puede ser o

puede no ser; no hay ningún principio claro. Y los hombres, los varones, tendríamos que dar un batalla en esto, en primer lugar.

Hay muchos factores de trabajo, de perfeccionamiento, de crecimiento entre nosotros. En todo esto hay un tarea de autoformación, de purificación, de clarificación, de nuestro ser femenino o masculino.

En ese sentido maternal por la vida, por la cercanía a la vida, por gestar vida, por recibir vida, en la mujer hay algo que es muy hermoso y muy extraordinariamente importante: ella siente la vida pero se da cuenta que detrás de la vida hay algo más. El hombre trabaja con cosas, las arma, las desarma; la mujer tiene algo en sí misma, sobre todo cuando gesta una vida- que es algo inefable y la cual no se sabe enteramente dueña. La cercanía a la vida la hace cercana al misterio de la vida; la cercanía a las personas la hace cercana al misterio de la persona. Una persona no se puede disecar; el hombre trabaja con cosas y las disea, las analiza, las parcializa. La mujer se da cuenta que la vida no puede ser disecada, no se puede parcializar, porque detrás de esa vida hay algo más, hay un misterio, hay algo inefable. Y es ahí donde está la raíz de la religiosidad femenina.

- La *religiosidad* de la mujer. ¿Por qué la mujer es más religiosa, en todas las culturas, a lo largo de toda la historia? Hay un constante siempre en todas las culturas: la mujer es aquella que representa la religiosidad de un pueblo. El P. Kentenich dice que cuando la mujer pierde su sentido religioso, el pueblo se derrumba, toca fondo. Porque es el último rincón donde hay sentido por Dios.

La mujer tiene *sentido del misterio* en cuanto palpa que hay algo detrás de estas personas a las cuales ella recibe y a los cuales está profundamente ligada. Es un sentido del misterio que es sentido de lo trascendente, de alguien que está sobre la vida, de alguien que es dueño de la vida, porque ella se sabe que no es la dueña absoluta de la vida. Alguien de quien ella depende. El hombre tiene una tendencia a hacer todo dependiente de sí mismo; se siente dueño de las cosas. Y por eso su

tendencia a ser un titán, un dominador. La mujer siente que hay alguien que la trasciende, de quien es dependiente.

A esto se suma que su propio cuerpo la hace sentirse débil. Sus períodos, sus ciclos, la hacen sentirse débil y por eso necesitada de protección. Y eso va dando el marco para que se despierte en ella la necesidad de depender, de ser recibidas por otro ser más grande y más trascendente que ella. Es su sentido de Dios. De alguna manera, podemos decir que la mujer permanece niña, pequeña. El hombre es niño hasta los siete, diez, once años. Después ya se siente hombrecito, después independiente. Y parece ser que toda la vida es adulto. Y al final de su vida, cuando ya está anciano, empieza a volver a ser niño, a ser sabio. La mujer, en cambio, pareciera que toda su vida lleva dentro a un niño muy vivo.

Si conjugamos el sentido por el misterio, por la trascendencia, por el tú, esta debilidad innata que tiende a un ser superior, nos explicamos por qué la mujer es fundamentalmente religiosa. Más todavía, en esa religiosidad la mujer tiene algo que también es muy extraño a la psicología masculina: es una religiosidad internalizada, interior. Porque tiene el sentido de la vida y la vida está en ella, porque ella misma es vida, es vital por esencia, porque está dentro de sí misma esa vida, porque la vida se cobija en ella, porque ella acoge esa vida, se crea en la mujer esa religiosidad interior, interiorizada, filial, dependiente.

Este complejo de realidad psicológica de la mujer es absolutamente esencial para una cultura. ¿Por qué Dios puso a la mujer, porque dio la mujer a Adán? ¿Por qué el hombre no se salva sino por la mujer? Porque la mujer es aquel ser que le puede enseñar al varón la dependencia filial de Dios, la abertura a Dios. El P. Kantenich dice que la mujer es la personificación de la potencia obediencial, receptiva; y toda la creatura, por ser creatura, es metafísicamente dependiente de Dios. Todos nosotros, varones y mujeres, somos metafísicamente seres dependientes, seres de otro, que

recibimos todo de otro. Pero el varón, por su psicología masculina, se olvida de esto, tapa el niño que hay en su ser y juega a ser un pequeño dios, un pequeño titán.

Si en nuestra cultura tenemos a mujeres que vivan profundamente su sentido por el tú, por la trascendencia, su sentido filial, su dependencia filial frente a Dios, tenemos la cuerda que Dios nos lanza para recobrar nuestro ser niños que llevamos profunda y ontológicamente en nuestro ser. Cuando el Señor habla con Nicodemo, le dice que tiene que ser como los niños, tiene que volver a ser niño, a nacer de nuevo, porque sólo los niños entran en el reino de los cielos. Y Nicodemo le dice cómo siendo un adulto puede volver a nacer de nuevo, a volver a ser niño. Y el Señor le repite que tiene que volver a ser niño, tiene que volver a nacer en el agua, en el Espíritu Santo.

Pensemos por qué la mujer es el símbolo más claro de la realidad del Espíritu Santo; cómo sabemos quién es el Espíritu Santo, esa Paloma, ese Fuego. Lo sabemos mirando a María. Ella es aquel ser que dice sí a Dios, que se sabe dependiente de Dios, que es capaz de abrirse, en la fe, a recibir todo. Si el varón no tiene esto, nunca será religioso; se perderá en las cosas y en las ideas. Y su religiosidad será también una religiosidad de reflexión, de análisis, de posiciones, de organización.

Karl Urs von Balthazar, en escritos suyos de los años 70, dice que nosotros hemos convertido a la Iglesia en una Iglesia de las reuniones, de los análisis, de las organizaciones pastorales, de las planificaciones, y hemos perdido la interioridad mística de la Iglesia, la feminidad de la Iglesia. Y esto porque María no está presente, porque la mujer no está presente a semejanza de María. Porque la mujer también se puede dejar contagiar por las enfermedades de nuestro tiempo y puede perder su sentido por la vida, por lo personal, por la interioridad. Las aberraciones que vemos actualmente en las corrientes feministas, como el jugarse por el aborto, que ha pasado a ser casi como el signo típico de esas corrientes. Jugarse por la libertad de la mujer, porque la mujer es dueña de su cuerpo y, si el embarazo le molesta, tiene todo el derecho a renunciar a él por cualquier medio, porque ella es dueña de su cuerpo, es libre. Son las consignas que se mueven en esas corrientes feministas.

• La *interioridad* de la mujer. ¿Quién salva la interioridad de la Iglesia, de la sociedad? Creo que el varón no lo es. Y si la mujer renuncia a esta interioridad y no ayuda al varón a tener interioridad, si no lo contagia con esa interioridad, es una tragedia enorme. En el sentido positivo de la palabra, podemos tener varones femeninos en su alma, así también como mujeres viriles en su alma. Cada persona es distinta.

¿Quién salva a nuestra cultura de la exteriorización, de la materialización, de la cosificación?
¿Quién hace de esta cultura de la muerte una cultura de la vida? Son las mujeres imágenes de María. Pero para ello tenemos que purificar el corazón, luchar contra todas esas desviaciones del ser tan personal, del vivir de las simpatías, de antipatías, de hipersensibilidades, de chismes, de copuchas, de envidias, de celos, de intrigas. Cuesta crucificar el corazón que es lo más grande que tiene la mujer. Pero tiene que hacerlo, de lo contrario no se purifica, porque es un corazón que está herido por el pecado original, por el egoísmo. ¡Cuánto cuesta a una mujer renunciar a sus hijos para que crezcan! ¡Cuánta posesión maternal que, muchas veces, no permite el desarrollo, el crecimiento de los hijos! Los cuidan tanto, por amor, por cariño, que les cortan las alas y las formas como seres indefensos que no saben batirse en el mundo. En ese sentido, qué importante, qué bueno es que haya un varón que objetivice, que conduzca a los niños a conquistar el mundo, a luchar. Todo esto es necesario para que el niño se desarrolle bien.

¡Qué importante es que en esta cultura podamos crear ambientes, espacios, de interioridad. En este mismo retiro, qué difícil es guardar la interioridad, el silencio. Estamos metidos en una bulla, en un quehacer, en el hacer, en el bullicio, en el hablar. Nos cuesta concebir, no sólo físicamente sino espiritualmente. Nos cuesta escuchar, recibir, acoger, hacer silencio. Tenemos que educarnos. En algún momento tenemos que empezar a crear ámbitos de interioridad. Si una mujer no es capaz de recogerse, no podemos esperar una Iglesia familia, una cultura sana. El hombre tiene que aprender esto de la mujer, tiene que quererlo, recibirlo. Hay muchas cosas que tiene que aprender de la mujer, como también la mujer del hombre.

¿Quién tiene que enseñarnos a dominar, a moderar el instinto de dominio del hombre, de manejar, parcializar, de intervenir? La vida no se puede parcializar, dividir, disecar. El varón está acostumbrado a intervenir creadoramente, a explotar, a analizar, a experimentar. Todo esto es positivo, pero como varones tenemos que cuidar que al experimentar, al analizar, al crear, no destruyamos la vida, no pasemos por encima de las personas, no seamos rudos, violentos, atropelladores.; no nos dejemos llevar sólo por las ideas e ideologías racionales que generamos. ¡Cuántas brutalidades se han hecho en nuestro tiempo a causa de la racionalización y planificaciones, por ejemplo, en el mundo del trabajo, en el mundo de la familia! Recordemos sólo la planificación de la familia, la regularización de la familia que partió en Estados Unidos. Se decía que era mejor gastar dólares en anticonceptivos, en planificar la población en los países subdesarrollados, que ayudarlos en otros aspectos. Así actúa la mentalidad masculina deformada.

¿Cómo es nuestra empresa? ¿Cómo trabajamos allí como varones? ¿Tiene alma nuestra empresa o hemos creado allí un mundo frío e impersonal? Tenemos que trabajar organizadamente, sistemáticamente, pero no tenemos que olvidar que estamos frente a personas que tienen sentimientos, familia, niños y que no son un número, una pieza cambiante, desechable. Ambas cosas, la organización y el alma, tienen que estar y son necesarias.

Quiero hablar algo más respecto al sentido de la *interioridad* de la mujer, de la dependencia y del ser niño ante Dios y ante el varón.

San Pablo dice que el varón es cabeza del hogar. Actualmente esto es una aberración.

- El *sentido de dependencia* de la mujer. Pienso que si la mujer como mamá, como esposa, no puede apoyarse en alguien, si no tiene un roca, un tronco fuerte en el cual apoyarse, albergarse y protegerse, creo que no puede ser mujer ni madre como debe ser. Porque le falta algo.

No pueden haber dos cabezas en un mismo cuerpo social. En una familia el papá y la mamá no pueden tener la misma posición de cabeza, porque así no funciona. Siempre hay una cabeza. La mujer, no influenciada por las corrientes feministas negativas, que rechazan toda autoridad del hombre, toda esta función de ser cabeza, si no tiene un cabeza en la cual apoyarse, no está tranquila, no puede ser ella misma. Pero para ser cabeza, el varón tiene que educarse. Hay toda una ascética de la autoridad que aprender para permitir que la mujer, que tiene tanto sentido de la dependencia, del recibir, del acoger, no se frustre cuando se encuentre con el marido y tenga que ir directamente a Dios. Aquí está la gracia del matrimonio. Cristo está en el matrimonio como cabeza, y quiere estarlo en forma sensible, palpable para que la mujer pueda ser niña. Porque, curiosamente, la mujer siendo niña despierta el niño que hay en el varón. Porque este varón tan fuerte, tan cabeza, tan roca, interiormente es un niño. Pero le cuesta tremendamente serlo ante Dios, le cuesta tremendamente reconocer su debilidad, reconocer que no es capaz. Y ésta es la tragedia del varón cuando no ha aprendido a ser niño, cuando no ha hecho madurar su religiosidad, cuando ha dejado esa religión de ideas, de mandamientos, de obras, del hacer, para transformarla en una religión personal.

Pensemos cuánto trabajo tuvo el Señor con los apóstoles; cómo los tuvo que hacer sentir brutalmente sus limitaciones, sus debilidades. Y para que Pedro llegara a contestarle: Sí, Señor, tú sabes que te amo..., cuando él le presentaba: ¿Me amas, Pedro; me quieres, Pedro? Era una pregunta dirigida al niño, a lo femenino de Pedro, a la capacidad de amar de Pedro. Pedro agacha la cabeza avergonzado y le responde: Tú sabes, Señor, que te quiero...

Los varones tenemos que aprender una religiosidad de filialidad, aprender a ser niños ante Dios, a entregarnos, a hacer de nuestra dependencia una fuente de nuestra seguridad varonil, paternal. Cuando el P. Kentenich define al hombre dice que el varón es pater et puer, padre y niño. Esa es su metafísica. Pero esa metafísica se despierta, se enriquece, con la presencia de la mujer que naturalmente tiene al niño muy vivo en su corazón, en su ser.

El sentido del misterio, de la trascendencia de Dios, es el que lleva a la mujer a apoyarse, a querer ser recibida, acogida. Muchas veces, en la vida del hogar, la mujer le dice a su marido papá. Es una demostración de esta realidad que Dios puso en ella.

Sin embargo, esta religiosidad, esta interioridad, se puede deformar. Las mujeres son amigas de los horóscopos, de los adivinos, más que los hombres. No hay revista femenina que no tenga estos horóscopos. Cuánto recurren las mujeres a las adivinas, a la superstición. Son deformaciones de una religiosidad, de un sentimentalismo religioso. La religión también es ideas, análisis, quehacer. Hay un aspecto doctrinal que tenemos que aprender, analizar. No podemos quedarnos en meros afectos. Y éste es un elemento que la mujer tiene que recibir. Así como el varón tiene que recibir y acoger toda esa afectividad y dependencia filial, ese gusto de ser niño ante Dios, la mujer tiene que aprender la confrontarse con ideas, tiene que objetivizarse. Muchas veces los sentimientos crean una especie de ovillo interior que hace que la mujer no se entienda a sí misma y que tampoco el varón la entienda. Y por eso, la mujer tiene que hacer un esfuerzo por objetivizarse, por clarificarse para ayudar también al varón a entenderla.

Ciertamente que el varón tiene que desarrollar una sensibilidad para tratar de entender los sentimientos de la mujer. El ser niño puede convertirse en infantilismo en la mujer. El varón necesita un interlocutor con personalidad, con madurez. No puede encontrar en la mujer alguien que no piensa, que no razona, que no tiene claridad para expresarse, con todo lo que es la riqueza de su vida, de la fuerza de amor que hay en ella, pero con personalidad, con definición, con madurez. A semejanza de María. Ella no era una personalidad infantilista. La mujer tiene que superar los infantilismos, los sentimentalismos, las hipersensibilidades y armarse interiormente, clarificarse, tomar conciencia de su ser y asumirlo, ser ella misma, para intercambiar con el varón de tú a tú. No en una situación de inferioridad.

Muchas veces se piensa que el recibir es menos que el dar. Pensemos en la Santísima Trinidad. El Padre se da al Hijo y el Hijo recibe todo del Padre. ¿Es menos divino el recibir de Cristo que el dar del Padre? Es tan divino el recibir como el dar. Es la polaridad trinitaria que encarnamos nosotros. Es tremendamente grande y divino recibir, acoger, albergar, como es divino dar, engendrar. Creo que son realidades que tenemos que ir madurando, que tenemos que ir asumiendo y estar orgullosos de ser lo que somos. Tenemos que purificar lo que somos para entrar en esta relación fecunda como matrimonio.

Los varones tenemos que ser, muchas veces, botados del caballo, como Pablo. Dios botó a Pablo del caballo porque se creía demasiado varón, fuerte. Y Dios lo dejó ciego, indefenso. Y a ese Pablo que salía con toda fuerza a caballo, con toda decisión y valentía a liquidar a los cristianos, Dios lo deja sin caballo y ciego y tienen que llevarlo de la mano a escuchar a otra persona que le dirá lo que tiene que hacer. Así educa Dios al varón. Cuando se viene abajo la empresa, cuando hay problemas graves en nuestro trabajo, Dios nos golpea fuerte para que aprendamos a ser niños, a reconocer nuestra debilidad, a no nos creamos titanes, dueños del mundo y pensemos que nosotros solucionaremos todo porque son tan enormemente inteligentes y organizados que podemos hacer cualquier cosa. Es la mentalidad típicamente masculina.

Por todo esto, vemos que el varón actual recurre a las compensaciones. La primera compensación es la sexual. El hombre quiere desahogar su stress, su tensión, en un acto sexual que para él no le significa sino una descarga, algo que es absolutamente impensada para una mujer. Cómo una mujer siente el acto sexual en esta circunstancia, el varón no se lo puede imaginar. Por eso es tan tremendo cuando una mujer descubre que su marido le ha hecho una mala jugada, porque se imagina un acto como ella lo vive, a pesar de que el hombre no lo vivió así sino de una manera brutalmente superficial. La mujer en un acto sexual normalmente se compromete por entero, se da enteramente y queda comprometida.. Para el hombre, muchas veces es sólo un episodio.

El año pasado tuvimos ocasión de analizar todo este aspecto, lo que significa un relación sexual para el hombre y para la mujer. Cuánto sufrimiento hay cuando no se sabe respetar la modalidad de cada uno de los cónyuges.

Este hombre que es titánico, que trato de organizar y manejar todo, pero que se da cuenta que no tiene todas las variables en la mano, que de repente le fallan sus cálculos, recurre a las compensaciones: al sexo, al trabajo excesivo, al alcohol, a las drogas, porque allí quiere sentirse realizado, que todavía puede hacer algo. Y en el fondo es para tapar ese vacío interior que tiene. El alcoholismo es mucho más grave y frecuente de lo que nosotros pensamos y una vez que se empieza a dar cabida al alcohol, insensiblemente podemos convertirnos en alcohólicos. Lo mismo sucede con las drogas.

El Padre muchas veces citaba la frase de Tagore: "En santa sabiduría tenemos que recobrar nuestro ser niños ante Dios". Y la otra frase de Pestalozzi: "La mayor desgracia del hombre actual es que ha perdido el sentido filial ante Dios. Es un hombre que se ha materializado, que se ha secularizado, que ha cortado el cordón umbilical, que ha dejado de ser niño.

Desde este punto de vista, entendemos también por qué Schoenstatt es un movimiento mariano. ¿María tiene que estar primero para que el Verbo se haga carne? ¿Por qué fue un mujer la que recibió a Cristo? El Padre dice que María tiene que estar presente ahora. Y el Papa lo ha dicho muchas veces: María tiene que estar presente en el adviento del nuevo milenio, para que Cristo pueda nacer. Si María no está presente, vivamente presente, si la pequeña María no está en nuestro hogar, para nosotros mismos, como varones, para nuestros hijos, para todo el mundo que nos rodea, Cristo no tiene lugar, la persona de Cristo no encuentra lugar. Para que el Verbo se haga carne necesitamos el sí femenino.

- Algo más que es muy propio de la mujer y que siempre va en relación a su sentido por la vida, es *el arraigo en el terruño y en las cosas.*

Por naturaleza, por vocación, el hombre es un vagabundo, un trotamundos. Muchas veces el varón tiene que moverse de un lado para otro. El varón tiene esa movilidad física, fisiológica, biológica, movilidad que la mujer no tiene normalmente. Porque está hecha para la maternidad tiene que tener un lugar donde tenerlo. Primero, ella misma es ese lugar. Ella se identifica con su lugar propio. Extiende su lugar, su persona, al ámbito donde está. El lugar es parte de ella misma. No podemos imaginarnos una mujer que no se sienta con un rincón predilecto. Ella llega a un lugar y ese lugar se transforma con su personalidad. El hombre puede ir y volver de un lugar a otro, hacer lo que quiera y no pasa nada en ese lugar. La mujer hace de todo lugar un hogar. Conocemos esa frase de que el hombre edifica la casa y la mujer construye el hogar.

La mujer tiene el sentido del arraigo. Si sacamos a una mujer de una casa y la transplantamos a otra, sufre enormemente, porque en ella puso todo su ser, impregnó ese hogar de lo personal. Es el sentido del arraigo que tiene que compensarse con esta movilidad del varón. Y el varón con esta movilidad necesita un ancla. Y la mujer, si fuera solamente ancla, perdería también su horizonte, su trascendencia. Tenemos que complementarnos.

Como varones, tenemos que aprender a amar las cosas, los lugares. El lugar no es indiferente. Pensemos si queremos rezar. Muchas veces somos tan masculinos que pensamos que podemos rezar yendo en el auto, caminando, en todo momento, en cualquier lugar que estemos, porque pensamos que da lo mismo el lugar donde recemos. Ciertamente que no da lo mismo. Necesitamos un ambiente especial, necesitamos sentir, experimentar algo más que la mera razón para ponernos en contacto directo con Dios. Pero para eso necesitamos de alguien que nos enseñe a crear ese rincón, a arraigarnos a ese rincón, a personalizar ese rincón. No es lo mismo rezar ante una muralla que ante un cirio encendido. A nosotros, varones, nos da lo mismo ponernos un traje u otro. A la mujer nunca le da lo mismo ponerse un traje u otro traje. Porque ella impregna su ser en todo, a la tierra, a las cosas, a los lugares, a los trajes. Tiene el sentido de la permanencia. Y esto tiene un valor inmenso. En una cultura de lo desechable, de lo cambiante, consumista, donde se bota y se

compra, y que ha perdido la humanidad, que ha perdido el alma, ciertamente se han perdido estos valores.

El sentido del arraigo, de echar raíces, de permanencia es algo muy hermoso. Es el sentido de tradición, de conservar. Si vemos los extremos, el hombre tiende a ser progresista, y la mujer, conservadora. Pero hay un valor tremendo en quién conserva las tradiciones, quién se recuerda de lo que pasó en tal ocasión, en tal otra, de las fechas de nacimientos, de los aniversarios. Son cosas que sabe la mujer. Ella es la memoria, es la historia de nuestra vida; ella tiene consignada la historia de nuestra vida, la lleva inscrita en su ser. Y eso es importante, porque de lo contrario, desviamos nuestro ser masculino y nos transformamos en vagabundos, en hombres sin historia, sin nombre.

Hay una canción de los Beatles que habla del hombre sin lugar, sin nombre: nowhere man, noname man. Es una canción muy interesante desde el punto de vista cultural y en este contexto donde existe el afán de cambiarlo todo, de innovarlo de todo, de reformarlo todo. Nos hace bien que haya alguien que conserve lo nuestro, que se apropie de un lugar y permanezca. Hay una fuerza centrípeta que es importante frente a la fuerza centrífuga que es el hombre.

En la mujer hay una cierta dependencia del lugar, de la tierra, de las cosas. En el hombre hay una libertad, un cierta soberanía, que nos recuerda la libertad y soberanía de Dios. Dios es el Padre, es el Verbo. Y ese Verbo, ese Padre tiene que ser encarnado, plasmado sensiblemente el varón. El varón tiene que trasuntar esa libertad, esa soberanía de Dios. El hombre tiene que ser soberano, tiene que tener seguridad, tiene que ser roca, de alguna manera. Pertenece a su vocación. La reciedumbre física tiene que ser símbolo de una reciedumbre espiritual, de una solidez espiritual. Las mujer necesita de esto, los hijos lo necesitan, al sociedad lo necesita. Es una reciedumbre de principios, de posiciones, una soberanía en el mejor sentido de la palabra.

La mujer representa el otro polo, es el alma. Se dice que la mujer es la expresión de la ternura de Dios. Dios es ternura, la revelación de su amor es siempre extraordinariamente maternal. El

Antiguo Testamento nos dice que Dios tiene entrañas de misericordia. Pero Dios es también fortaleza. Los salmos lo dicen: Dios es mi fortaleza, es mi roca, mi baluarte. Y éste tendría que ser el hombre. El hombre es animus.

- Otro rasgo. Por ser cercana a la vida, por estar tan identificada con el ritmo de la vida y saber qué son los procesos de vida, *la mujer es educadora innata*. Está hecha para hacer que la vida tome forma; tome forma en su seno y después en la educación. La mujer va sintiendo lo que le pasa al niño y le va transmitiendo los valores, las costumbres, sus hábitos, la fe, las creencias. La mujer va educando con una inmensa sensibilidad la perspectiva de intereses del niño. Ella capta lo que el niño puede recibir, lo que debe recibir. Tiene la sensibilidad que debiera tener todo educador. Se refiere a la vida concreta de esa persona.

El hombre, que también tiene que ser educador, le es más difícil educar. Para él, educar es aclarar las cosas, enseñar, explicar, ordenar, mandar. Es necesario todo esto. Hay que mandar y saber mandar, porque de lo contrario falta estructura en el hogar, falta algo claro. Alguien tiene que establecer un ordenamiento. Pero si el hombre no aprende a sentir la vida, a seguir los procesos de vida, destruye esa vida. Si por ser tan racional y analítico, no es capaz de tener algo de intuición, de captar lo que sucede detrás de los hechos, en el alma de sus hijos, destruye la vida.

Por eso es tan importante el diálogo entre los cónyuges. Hemos puesto en el horario de la militancia al menos un horario espiritual mínimo y en él hemos fijado una conversación semanal, por lo menos. Una conversación de corazón a corazón. Si ese espacio no se da, ¿dónde se transmiten estos valores; dónde nos podremos ayudar y corregir? ¿Dónde puede confluir nuestra masculinidad y nuestra feminidad? ¿Sólo en el acto sexual, o cuando estamos haciendo cosas juntos? ¿Dónde está el espacio para la fusión de corazones, de sensibilidades, de sentires, de valores? Todo esto requiere de un diálogo profundo, de corazones, de tú a tú. El diálogo no es preguntar si se ha llevado los niños al colegio, qué falta, qué ha pasado hoy día, qué hay que comprar, dónde iremos este fin de

semana,, etc. Eso pertenece a un noticiero normal de cada día, a una información cotidiana, que es necesario también. Pero el diálogo más profundo, que normalmente no se da, tiene que tener cabida en nuestra vida y tenemos que jugarlos por estos espacios. De otra manera, todo lo que hablamos se escurre, se va y no nos formamos mutuamente. Tenemos que ayudarnos mutuamente a ser varones y a ser mujeres íntegros, a ser papá y mamá. Tenemos que aprender mutuamente. Y este ayudarse y aprender se realiza en ese intercambio de corazones, en esa fusión de corazones que se da en un diálogo profundo, íntimo.

Esto que aparentemente parece tan poco importante, a la larga tiene una importancia inmensa.

Sintetizando, podemos decir que la mujer es vida, el hombre es obra. La mujer hace hogar, el hombre edifica la casa; la mujer conserva, el hombre innova, reforma. Si se trata de una causa, el hombre mira la bandera, la mujer al abanderado. En el conducir, al hombre le gusta gobernar, mandar, a la mujer le gusta conducir, guiar desde dentro (leiten und lenken, dice el Padre Fundador). La mujer es ternura, delicadeza, el hombre es fortaleza, reciedumbre. El hombre está llamado a ser cabeza, la mujer corazón.

Santa Teresa de Ávila es una mujer extraordinariamente plena. Es semejante a San Pablo. Son personalidades en quienes lo masculino y lo femenino ha llegado a una síntesis.

En la próxima charla nos dedicaremos a meditar en el sacramento del matrimonio y cómo en él el hombre y la mujer son signos sensibles de Cristo cabeza y de la mujer, Cuerpo de Cristo, esposa de Cristo Cabeza, respectivamente. Hay una dimensión mística del sacramento del matrimonio que queremos descubrir juntos.

Si tienen oportunidad, lean una parte de la Epístola a los Efesios, 5 sobre la cual reflexionaremos en la próxima charla.